

ESTUDIOS DEL PATRIMONIO CULTURAL

14

enero 2016

GAITAS
DEL JAGUAR

PATRIMONIO INDUSTRIAL EN
PRADOLUENGO

CASONA DE
**LOPEZ
CONTRERAS**
VENEZUELA

INTERVENCIÓN
ARQUEOLÓGICA EN
ÁVILA

EDIFICIOS
HISTÓRICOS
3D

**CULTURA Y
RESINA**
EN TRASPINEDO

LA
ARGENTINA

BALAS SOBRE
KOLDEWEY

EL S.O.S. DE UN HITO DEL PATRIMONIO INDUSTRIAL CASTELLANO: PRADOLUENGO (BURGOS)

Juan José Martín García
Universidad de Burgos.

A lo largo de más de quinientos años, la localidad burgalesa de Pradoluengo, situada en la comarca de La Rioja Burgalesa, más en concreto en las estribaciones de la Sierra de la Demanda, se ha caracterizado por su dedicación a la industria textil. La situación del ingente patrimonio generado por esta actividad económica corre, a fecha de 2015, serio peligro de desaparecer totalmente. Estos recursos adolecen de un proyecto integral que los ponga en valor, como potencial detonante para la recuperación de actividades económicas interesantes en torno a los sectores secundario y terciario. Las iniciativas particulares son inconexas, individualistas y sin un objetivo claro. Las iniciativas municipales tardan en arrancar en cada legislatura, son de corto recorrido y se ven cercenadas cuando un nuevo equipo de gobierno, sea del color político que fuere, se hace con las riendas del Consistorio. Las capacidades de las administraciones provincial, regional y estatal, tampoco son suficientes al objeto de no perder definitivamente la enorme riqueza que presenta este patrimonio. Tan sólo tímidas actuaciones puestas en marcha en los últimos años, han supuesto un fulgurante destello en un panorama futuro que se antoja lleno de negros nubarrones.

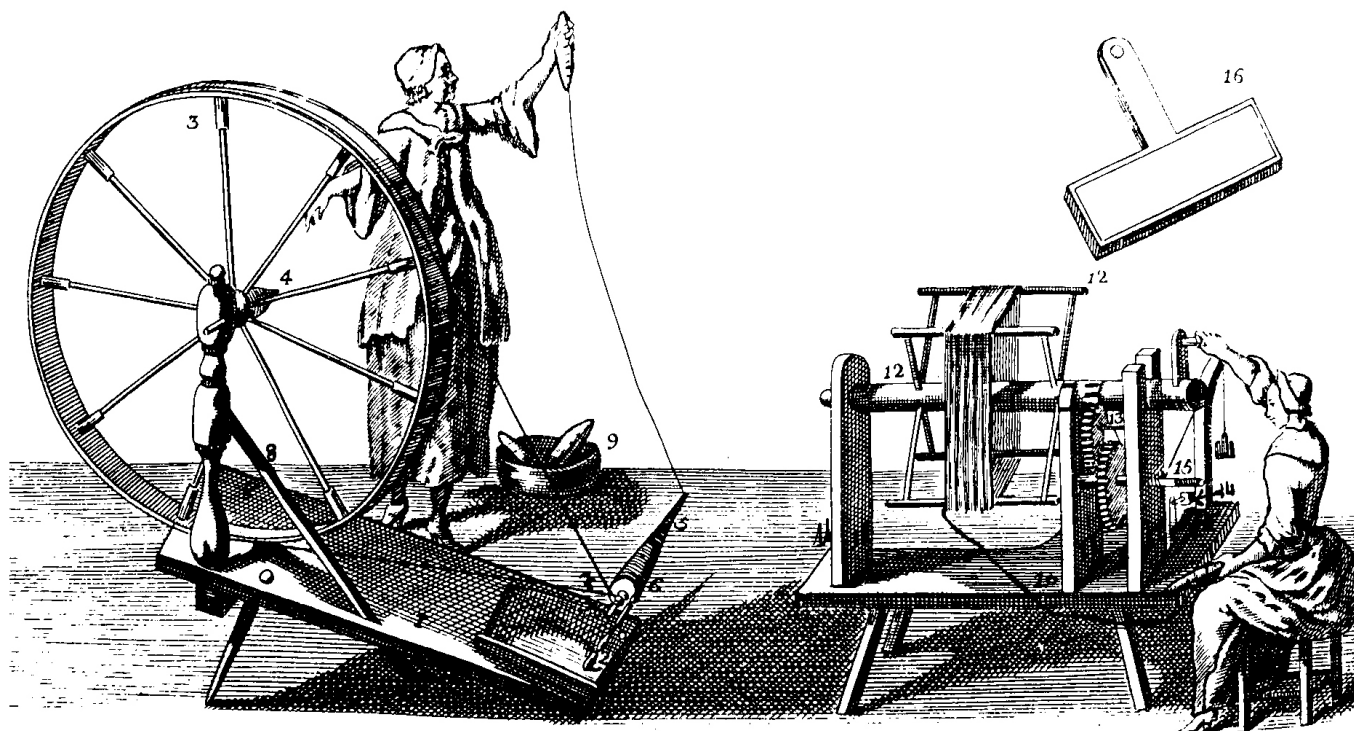
Palabras clave: Pradoluengo; Patrimonio industrial; denuncia desaparición; proyecto integral.

1. Introducción

La liberalización operada en Europa tras la eliminación de aranceles exteriores en 2005 supuso, como por otro lado era previsible, la desaparición de miles de empresas textiles y, con ellas, de sus trabajadores y del efecto multiplicador que suponía en ciertas economías locales. Un claro ejemplo lo supone el caso de Pradoluengo, localidad dedicada desde hace más de quinientos años a esta actividad, que ha visto como, en menos de treinta años, ha pasado de contar alrededor de 2200 habitantes, a mantener «censados» a día de hoy unos 1200. Las fábricas, las hilaturas, los tintes y batanes, los obradores con sus telares, planchas, rematadoras, etcétera, han parado prácticamente en su totalidad, lo que ha convertido la localidad en un espectro de su pasado.

Diferentes iniciativas particulares, inconexas, individualistas, de corto recorrido y trufadas de reproches, han supuesto que el ingente patrimonio generado alrededor de esta actividad económica que suponía la equiparación del pueblo con la industria textil, no sólo no esté en claro peligro de desaparición sino que se sitúe en una degradación progresiva y acelerada que se visualiza a diario y que acabará, si nadie lo remedia (y parece que no es el caso), con la pérdida de un hito del patrimonio industrial castellano, que es lo mismo que decir, de una de las pocas manifestaciones históricas que en este sentido presenta la región más extensa de Europa.

Cuando en diferentes foros sobre patrimonio hemos presentado esta realidad (Martín García 2014), el asombro de los participantes ha sido mayúsculo, tanto por el propio desconocimiento de la existencia de elementos de interés prácticamente «ocultos», como por la escasa concienciación de las administraciones competentes en su puesta en valor. Una de las soluciones pudiera haber pasado por la identificación de la sociedad local con la industria textil. Esta identificación ha sido plena mientras suponía el mayor yacimiento de trabajo para la población. Sin embargo, cuando sus infraestructuras han pasado de ser un medio de vida a convertirse en «piezas de museo», en ocasiones se han malvendido para chatarra, en otras se han abandonado y, en el mejor de los casos, se han convertido en pequeños «chiringuitos» con ínfulas de museo local. Las denominaciones de Pradoluengo como «Villa Textil», como el «pueblo de los calcetines y las boinas», y su conexión medular en la vida cotidiana no han servido sin embargo para reconducir esta riqueza hacia su puesta en valor patrimonial. Parece como si hubiese habido un divorcio inamistoso entre sociedad y patrimonio, quizás porque esta sociedad nunca vio esta riqueza como un patrimonio valorable, sino simple y llanamente como una forma de ganarse la vida. Sea como fuere, la falta de sensibilidad en este sentido ha sido mayúscula por parte de los propios interesados y de sus res-



Labores. Siglo XVIII.

ponsables políticos a nivel local. A ello ayuda la división sociológica interna y la falta de unión de su cada vez más escaso capital humano.

Por otro lado el diagnóstico también puede mirar hacia la pasividad de las administraciones «superiores», provincial, regional y estatal que, al parecer, bastante tienen con intentar mantener otras prioridades de un patrimonio inabarcable. Poco interés pueden mostrar las mismas si no existe una primera comunicación entre el enfermo y uno de sus posibles sanadores. A fuer de ser castizos, se podría resumir la situación mediante una frase muy gráfica que definiría el estado de la riqueza patrimonial pradoluengina a finales del 2015, que no quiere cargar las tintas ni parecer una boutade (nada más lejos de nuestra intención), sino, tan sólo expresar con la mayor ecuanimidad posible la realidad presente: «Entre todos la mataron y ella sola se murió».

2. Un pequeño viaje por el tiempo

A lo largo de más de quinientos años Pradoluengo se ha caracterizado por una dedicación económica concreta y consustancial a su propia existencia, el desarrollo de la industria textil. Esta localidad se configuró desde el siglo XVI hasta comienzos del siglo XVIII, como un núcleo emergente de la nebulosa industria textil rural lanera, que supuso una extensa zona que abarcó los Cameros y la Demanda, y donde destacaron, entre otros, núcleos como Soto, Ortigosa, Ezcaray o Valgañón. La afirmación de que el hecho demográfico es signo, consecuencia y factor de los cambios de otras variables, es si cabe más acusada en el caso que nos ocupa, ya que la evolución de la población ha sido milimétricamente paralela al desarrollo de la pañería en la primera modernidad, de la bayetería hasta finales del siglo XIX y de la boina y el calcetín hasta los inicios del siglo XXI. El principal motivo para lanzar esta rotunda afirmación han sido los comprimidos condicionamientos geográficos, que impidieron un mayor avance de las actividades agrícolas y ganaderas que, por ejemplo, sí que supusieron en sus valles adyacentes la dedicación económica principal, como es el caso de localidades como Fresneda de la Sierra, Santa Cruz del Valle o, con otras variables, Belorado. El análisis demográfico también ha descartado una dedicación trashumante, como la que se operó por ejemplo en

Neila y otras localidades serranas, por lo que el aumento poblacional sólo se explica gracias al desarrollo de la industria textil.

Con mayor detenimiento, se comprueba cómo en plena crisis del siglo xvii, no se produjo una debacle poblacional sino que hubo crecimiento. Este fenómeno se operó así mismo en otras localidades castellanas especializadas en paños de baja calidad, como la palentina Astudillo (Hernández García 2002), mientras que núcleos urbanos como Segovia, Toledo o Cuenca, que fabrican mejores paños, decaen ostentosamente. No obstante, ya en los primeros compases del siglo xviii, se produce una crisis de la pañería media y baja. La búsqueda de una alternativa a esta caída, se encontrará en la especialización en un nuevo y más barato tejido, la bayeta, que se fabricará en Pradoluengo hasta mediados del siglo xx, aunque ciertamente sufrió una fuerte crisis a finales del siglo xix que también explicaremos. Con esta primera reconversión "a la baja", se pusieron en valor todos los elementos de la pequeña infraestructura productiva existente, que no tuvo que invertir en novedades técnicas ni aumentar un capital del que los fabricantes pradoluenguinos no disponían. En torno a la segunda década del siglo xviii, esta reconversión se ve profundizada, siendo 1720 la fecha en la que el lugar se convierte en villa independiente (Martín García 2004).

El progreso de la fabricación textil permite que Pradoluengo pase de unos 350 habitantes a finales del siglo xvi a 1031 en 1752. El análisis del Catastro de Ensenada confirma la indisoluble relación entre la industria textil y la villa. El 85 por ciento de los cabezas de familia son fabricantes que producen más de 1500 piezas de bayeta o, lo que es lo mismo, 50 000 varas anuales, cifra que equiparaba a la localidad burgalesa con las posteriormente punteras Sabadell o Terrassa. Las bayetas, caracterizadas por su gran baratura, se comercializaban preferentemente en las zonas rurales del noroeste español. Los llamados «tratantes» en el Catastro, fueron los verdaderos beneficiarios del sistema, y los antecesores de los «fabricantes» decimonónicos, que emprenden la mecanización a partir de 1825 aproximadamente (Martín García 2005). Sus capitales, si bien no espectaculares, se conformaron en pequeñas compañías que posibilitaron un auténtico avance técnico en la carda e hilado de la lana. Para ello, aprovecharon por mimesis la coyuntura mecanizadora que, unos años antes, se dio en la vecina villa riojana de Ezcaray, remedo a su vez de lo operado con anterioridad en los núcleos catalanes, quienes a su vez se basaron en franceses y belgas. Al igual que en otros centros laneros como la propia Ezcaray o Antequera, la mecanización del tejido tardó más en implantarse, un segundo impulso industrializador que sí llevaron a cabo en Sabadell, Terrassa, Alcoy e incluso, Béjar (Martín García 2007).

La época de bonanza alcanzó hasta 1860. A partir de entonces, el consumo generalizado de algodón y la competencia interna llevaron a la decadencia progresiva de la bayeta. La respuesta fue la reconversión hacia los géneros de punto, principalmente boinas y calcetines, aprovechando inteligentemente las potencialidades de la infraestructura existente basada en industrias de fase (hilaturas, batanes y tintes) que pese a su precariedad y escasa modernización, seguían siendo válidas para realizar ciertos procesos en la confección de los nuevos artículos. De ellos, será el calcetín el producto estrella por el que se conozca Pradoluengo, aunque desde los inicios del siglo xxi ha sufrido prácticamente de forma terminal, la desidia y dejadez de los burócratas europeos y nacionales, en su apuesta por la total liberalización y globalización económicas, que no se han parado a pensar en las graves consecuencias que provocan sus decisiones. En nuestro caso, la desaparición de un pueblo vital, así como de más de quinientos años de Historia dedicados a la actividad textil.

En los apartados que siguen, se procurarán destacar algunos de los recursos y «restos» patrimoniales que esta dedicación económica ha legado en la zona, tanto en el propio paisaje, como en los aspectos materiales, sociales, documentales, comerciales, migratorios, etcétera. Un patrimonio histórico y cultural ingente, de valor incalculable no sólo por ser junto a la localidad salmantina de Béjar, uno de los potenciales hitos de patrimonio industrial de la región europea más extensa, sino por las derivaciones de carácter social que ello supone. Un patrimonio que ha sido sometido a constantes ataques por parte de propios y extraños, y que ha visto como desaparecían gran parte de sus efectivos materiales y humanos en los últimos cuarenta años. Son contadas las actitudes excepcionales que se han preocupado en su estudio y protección, lo que supone un aviso a las administraciones competentes (local, provincial, regional y nacional) para que no hagan oídos sordos ante su posible liquidación total.



Lavando lana en el río

3. El patrimonio de las condiciones naturales: lana, río, tierra de batán

La localización geográfica de Pradoluengo ha representado una importancia determinante como elemento favorable para la aparición de la industria textil y como condicionante para su mantenimiento posterior hasta bien entrado el siglo XX, principalmente porque esa misma localización imposibilitaba otras alternativas económicas. Esta afirmación, no conlleva una sujeción al determinismo geográfico, ya que no es sino el factor humano, principalmente sus relaciones socioeconómicas, el que posibilitó la pervivencia de la actividad hasta los primeros compases del siglo XXI.

Tres elementos naturales fueron fundamentales. En primer lugar, la lana. Aunque no fue precisamente la lana de las ovejas merinas que podía pastar en los montes arrendados por el Concejo a los ganaderos trashumantes, sino la churra, de peor calidad pero más barata para la demanda de los fabricantes. En segundo lugar, el río, una corriente no muy caudalosa pero de gran permanencia a lo largo del año y que era vital para el funcionamiento de lavaderos, tintes, batanes e hilaturas.

En los últimos años, se ha tomado cierta conciencia en la puesta en valor de este recurso natural y patrimonial, mediante iniciativas como la apertura de la llamada «Ruta de los Batanes», mediante su desbroce y señalización, en la que se destacan no sólo sus valores como espacio de riqueza vegetal y faunística, sino su importancia como propiciador de la energía hidráulica necesaria para otorgar mediante un elevado número de cauces y saltos de agua, el movimiento a los ingenios, ruedas, pilas, gorrones y demás infraestructuras de decenas de establecimientos localizados a la vera de la corriente fluvial. Si bien parece positiva la actuación, desde el punto de vista del patrimonio industrial se deben denunciar algunas actuaciones particulares, ya que no han respetado de ninguna manera las infraestructuras preexistentes. Así mismo, quedan en este ámbito auténticas joyas por explotar desde el punto de vista de la arqueología industrial (Batán de Vizcarraya, Máquina de Alfileres, Hilatura La Nueva, etcétera), yacimientos que están quedando progresivamente degradados cuando no completamente desaparecidos. En tercer lugar, la existencia de greda o «tierra de batán», mineral que fue protegido. Hubo abundancia de este mineral en las inmediaciones de Pradoluengo, en Las Viñas, Las Canteras, Los Terreros (en la plaza de toros del Frontal), o San Roque. El Concejo siempre fue consciente de su importancia, protegiendo la extracción. En 1890, sus miembros afirmaban: «Quizá y sin quizá, haya sido el origen del desarrollo industrial de esta localidad, por los excelentes resultados que da».

4. El patrimonio de los establecimientos

Sería muy prolijo destacar su importancia ya que «cada portal y cada casa» de Pradoluengo puede hablar de su dedicación a la industria textil. Tan sólo señalaremos los edificios o



Arcadas. Tinte Zaldo.

establecimientos que con mayor particularidad pueden presentar una fisonomía «distinta» a la de una casa ordinaria.

En primer lugar nos encontraríamos con los lavaderos y secaderos. Tras lavar y secar la lana, se efectuaba el cardado, consistente en abrir, batir y mezclar homogéneamente los vellones. Para facilitar la operación, se le daba un lubricante neutro, lo que imprimía suavidad y flexibilidad. De forma artesanal, se utilizaban dos planchas a modo de peine más anchas que largas, sembradas de puntas de hierro cortas y algo curvas. Más antiguas aún, eran las cardas naturales (de ahí la voz «cardado»). Esta labor la ejecutaban fundamentalmente las mujeres. Antes de lavarse, las lanas se conservan en lugares secos, para no ser destrozadas por la polilla o la tiña. Después, se enjabonaban y lavaban cuidadosamente para no apelmazarlas. Hubo varios lavaderos en Pradoluengo, destacando el de San Antonio (1819) y el de Zubiaga (1831). En estas labores, con los pies en el agua, se bebía abundante vino para aguantar la faena, lo que provocaba abundantes melopeas entre los obreros. Posteriormente, los vellones se tendían en los secaderos adyacentes.

En segundo lugar, las hilaturas. La edad de oro de Pradoluengo fue el siglo XIX. Aunque se mecanizaron las hilaturas, de lado quedó la mecanización de los telares, que siguieron siendo manuales. El aumento de la producción y venta de bayetas, provocó que la población creciese desde los 1500 habitantes de 1820, a los 2200 en 1840, y a los 2950 en 1852, para volver a bajar en el último tercio del siglo XIX. El hilado transformaba las mechas de lana en hilo del grueso deseado mediante el estirado, la torsión y el plegado. Desde la carda mechera, se completaba el proceso en las selfactinas y continuas. En Pradoluengo, las hilaturas fueron los edificios emblemáticos de la primera mecanización del proceso industrial. Al menos quince de estas instalaciones, se asentaban en el Río de Pradoluengo y, posteriormente, en el Urbión y Tirón: Zubiaga, Las Viñas, San Roque, Agua Sal, La Rueda, Marina, Molino Encimero, Las Fuentes, El Chorrón, La Nueva o Peña Zurbona, son sólo algunas de ellas.

En tercer lugar, los obradores o fábricas. En ellos se desarrollaba el tejido o tisaje mediante los telares, a través del entrecruzamiento de los hilos pertenecientes a la urdimbre y la trama. A mediados del siglo XVIII, trabajaban unos cincuenta telares de mano, que producían 45 000 varas anuales. La estructura de la familia era, la del padre tejiendo, la madre cardando, y los niños escogiendo la lana. A finales del siglo XIX, se mecanizó progresivamente este proceso, mediante telares tipo «jacquard», instalados en los obradores de las casas. Así, si en 1891 se exportaron 297 563 kg de tejidos, en 1923 fueron 1 725 348. Hoy en día quedan algunos ejemplares de telares de paños y bayetas como en el caso del artesano Santiago Hernando, el último tejedor de paños y bayetas de Pradoluengo.



Selfactina de una hilatura.

En cuarto lugar, los batanes. En el batán se conseguía, mediante procedimientos mecánicos, enfurtir las bayetas, paños y sayales, dándoles un tupido consistente. En principio, los batanes fueron de mazos de madera, para colocarse a mediados del siglo XIX batanes de cilindros. Existen documentadas en Pradoluengo, unas veinte tejavanas con batanes, que disponían desde una hasta cuatro pilas. En la actualidad perviven algunos de mazos sin rueda. Entre otros, se pueden citar batanes como el de Blas, el de Cuchara, el de Moleco, el de Corrales de Monte, Vizcarraya, etcétera. Tras el batanado, las operaciones que se realizan sobre el tejido eran las de tundido o perchado. Mediante pinzas, los tundidores quitaban las desigualdades como nudos, motillas o cabos. Con la mecanización, esta labor la llevaban a cabo las tundosas. Con el perchado, se sacaba el pelo a la tela, de arriba abajo, para dejar una superficie vellosa. Esta labor dio lugar al nombre de uno de los barrios más populosos de Pradoluengo, El Perché.

En quinto, los tintes con sus cauces, hornales y calderas. El tintado se podía hacer sobre la pieza de bayeta ya tejida o en madejas, previamente al tejido. La labor exigía un gran conocimiento químico de las mezclas de productos tintóreos y mordientes. Por ello, los tintoreros estaban bien pagados y sus secretos pasaban de padres a hijos. En 1752, existían en Pradoluengo un total de doce calderas de tinte, distribuidas en ocho edificios. Entre otros destacaron el de la Herrería Vieja, los Alcaldes, Martínez y Compañía o Cañeta. En la actualidad existe una iniciativa en torno a los Hermanos Zaldo Alonso a fin de recuperar uno de los edificios de tinte de mayor antigüedad y dimensiones de Pradoluengo en pleno casco urbano.

En sexto, las ramblas. Para un correcto secado y estirado de las bayetas y paños, estos se «colgaban» en las ramblas, dispuestas en la cuesta más soleada del valle pradoluenguino, en forma de terrazas alargadas y estrechas. En un principio eran de madera, siendo sustituidas más tarde por las de hierro. Por otro lado, también se instalan en varias fábricas prensas de metal, que planchaban adecuadamente el producto final para su comercialización por toda España. El retroceso de este tipo de instalaciones ha sido pavoroso en las últimas décadas, pasando de constituir una característica peculiar del propio paisaje visual a quedar reducidas a ejemplos testimoniales.

5. Y llegaron la boina y el calcetín

El microfundismo industrial de Pradoluengo y el crecimiento en el consumo de tejidos de algodón, provocaron una fuerte crisis entre 1870 y 1880, traducida en pobreza y emigración a América. La reconversión hacia los géneros de punto (fajas, boinas y calcetines) aprovechó inteligentemente las potencialidades de la infraestructura previa. A ello se unió, que los nuevos telares manuales eran relativamente baratos y que



Enramblando bayetas.



Calcetineras con máquinas de mano.

el valor añadido de boinas y calcetines era mayor que el de las bayetas. En 1885 se estableció la primera máquina circular de mano para la fabricación de boinas. En 1920 una sola factoría elaboró más de 600 000. En 1935 la Villa Textil contaba con siete fábricas de boinas, que vendieron al año millón y medio de unidades, también en el extranjero. La última fábrica, Boinas Mingo, cerró a principios del siglo XXI.

Por su parte, el calcetín, entrañable prenda enormemente extendida en el ámbito español hasta el último tercio del siglo XX, tuvo uno de sus mayores centros productores en Pradoluengo. A finales de 1890, se comenzaron a fabricar en serie calcetines de lana, mediante máquinas circulares traídas desde Olot. Entre 1917 y 1927, la fabricación alcanzó las 100 000 docenas anuales. Su mercado principal fue el norte de España. En los años treinta, doscientos telares propiedad de treinta y dos pequeños fabricantes trabajaban este género de punto. Durante la Guerra Civil, se produjeron anualmente en Pradoluengo dos millones cuatrocientos mil calcetines. En los años cincuenta se instalaron de forma paulatina telares mecánicos, sobresaliendo la marca Linares. En 1953 existían cincuenta y uno de este tipo. Poco después, surgieron iniciativas concentradoras de la estructura industrial en torno a firmas como Marcor, Texves, Irba o Sademi. Desde el tradicional calcetín de lana, se pasó a utilizar algodón, así como materiales sintéticos, poliamidas y un largo etcétera. A finales del siglo XX, uno de cada cuatro calcetines españoles se fabricaba en Pradoluengo. Las calidades mejoraron significativamente en las últimas décadas, aunque el sector ha sufrido de tal forma la competencia desleal de la globalización, peligrando la supervivencia de las pocas empresas y obreros que en la actualidad continúan manteniendo el bisbiseo de los telares.

6. Conclusiones

Este pequeño artículo tan sólo quiere ser una llamada de atención ante lo que se puede convertir en un desastre en torno al patrimonio industrial castellano: la desaparición del hito que en este campo ha supuesto históricamente el enclave de Pradoluengo. Las razones giran inequívocamente alrededor de la inexistencia de un proyecto integral que debiera ser interdisciplinar y suficientemente dotado económicamente. La siempre cacareada crisis, no debe ser la excusa para enfocar un trabajo insoslayable por parte de todos los actores implicados: sociedad pradoluenguesa en general, Ayuntamiento de Pradoluengo, Diputación de Burgos, Junta de Castilla y León, Gobierno de España, Universidad de Burgos, etc. Incluso, es preferible acogernos a posturas posibilistas con tal de que el enfermo no muera por inanición.

Sin embargo, la cruda realidad camina por otros derroteros. Si bien es cierto que en los últimos años ha habido pequeñas actuaciones, prevalece la inconsistencia y la falta de cohesión mediante fórmulas un



Pequeña empresa calcetinera.

tanto pueriles. La señalización básica de algunos establecimientos a lo largo del casco urbano y la elaboración de paneles explicativos colocados en el local que se suponía iba a ser el embrión de un Centro de Interpretación de la Industria Textil, trabajo financiado por la Junta de Castilla y León, realizado de forma brillante por la empresa SERCAM, S.C., son el único bagaje real de la puesta en valor de este patrimonio material. Pequeño fruto de un campo ubérrimo que se encuentra prácticamente sin explotar. La recolección debiera de continuar, no sólo por los excelentes resultados que proporcionaría, sino por el peligro cierto que puede representar la pérdida total de la cosecha. •

Bibliografía

HERNÁNDEZ GARCÍA, R. 2002: *La industria textil de Astudillo en el siglo XVIII*. Cálamo. Palencia.

MARTÍN GARCÍA, J. J. 2004: *Historia de la Industria Textil de Pradoluengo I. Los orígenes (1567-1720)*. Aetpra. Burgos.

MARTÍN GARCÍA, J. J. 2005: *Historia de la Industria Textil de Pradoluengo II. La etapa preindustrial (1720-1820)*. Aetpra. Burgos.

MARTÍN GARCÍA, J. J. 2007: *La industria textil de Pradoluengo (1534-2007). La pervivencia de un núcleo industrial*. Junta de Castilla y León. Valladolid.

MARTÍN GARCÍA, J. J. 2014: "Una joya en potencia: el patrimonio de la industria textil de Pradoluengo", Ponencia presentada a las I Jornadas sobre Patrimonio Industrial: "El Patrimonio Industrial como elemento de dinamización económica en el ámbito rural", celebradas en el Teatro Reina Sofía de Belorado (Burgos), 26 de marzo de 2014.